

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO"

Ofrenda lírica

A Medardo Angel Silva

Pasaste por los largos parques espirituales
entre el lírico canto de los dulces bulbules
flordelizando nuestros senderos otoñales
con la loca vendimia de tus rosas azules.

Abriste tus sonoros y frescos manantiales
para apagar la sed de los yermos caminos;
y así tus versos son gemas sentimentales
de un rosario que rezan todos los peregrinos.

Tu torre melodiosa—hecha con mil diamantes—
fue un remanso inefable para los caminantes
en la florida senda de las divagaciones.

Por eso hoy un lamento de flauta verleniana
anuncia tu llegada a la Ciudad lejana
bajo el oro romántico de las constelaciones.

Leopoldo Benítez V.

XII—VI—MCMXXI.

Parque Vespéral

Le Seraphin des soirs passe le long cours...

Albert Samain

La tarde dulce como un verso de
Albert Samain, baña en el lago del
Jardín sus cabellos de oro pálido.
Cascada de pedrerías-rosas-azules
—esmeraldas, a la tenue luz crepus-
cular, se precipitan cantando sobre
las tazas de las fuentes...

Han sonado las horas incitables.
Mi alma desnuda se eleva hacia el
azul, sobre un lecho de rosas. Y mi
corazón se perfuma al recuerdo de
aquella mujer amada e imposible,
cuyo nombre diré al anochecer, bajo
el mismo tricolor.
¡Ecuador allá!

Le Seraphin des soirs passe le long cours...

Medardo Angel Silva.

Ofrenda

¡Ecuador! Sueldo de mis afectos, tierra
hospitalaria que me fascinas.
Es a ti donde he venido antes que
a ninguna otra tierra, es a ti donde
he dirigido el primer vuelo de mi
ardiente juventud.

Cuando era niño, sentado, en los
banos escolares, aprendí tu nombre
y tu historia y comencé a que-
rerle por gratitud: amabas a mi
patria.

Hoy, ya hombre, te quiero por
deber: "amor, se paga con amor".
En los ratos de la bohemia, cuando
reunido con otros muchachos,
alegres y sonadores como yo, hil-
vábamos una charla de juventud,
ella rodaba camino de lo lejano y
entre la espiral del humo de los ci-
garillos veíamos dibujarse pueblos
diversos, patrias distintas, costum-
bres exóticas, y aparecías tú, esbel-
ta y hermosa como las Náyades de
las griegas leyendas, bañándote en
las tranquilas aguas del murmurante
Guayas. Como ellas también,
veíamos a tus mujeres de negros y
sonadores ojos, de faz trigüeña y
cimbreados talles, pasear sus do-
nosuras por bosques y poblados,
por lagos y encenadas y dulces y
doloridos suspiros: ¡Ecuador!
quién pudiera ir a ti y tejendo un
telar de amor, romancear al lado
de esas tímidas vírgenes ecuatoria-
nas.

Han pasado muchos años.
Esa turba vocinglera y reidora
de muchachos, como los cisnes de
un verde lago, se ha dispersado. *
Hombres ya, unos abogados,
otros médicos, aquellos empleados
ministeriales, todos, abandonaron
el itinerario de la juventud y de
esos bellos sueños, que se fueron
para no volver jamás, acaso si con-
servarán un piadoso y lejano re-
cuerdo.

Pero, el más sonador de ellos, se
quedó rezagado a una vera del ca-
mino sin poder desamparar ese telar
tejido a los quince, entre la voluta
del humo de los cigarrillos y la
charla entretenedora y locaz de los
compañeros de colegio.

Aquella vicieja mimosa que to-
dos hemos tenido en la vida, mu-
chas veces entreteñía a su nieto,
en las veladas de invierno, con his-
torias de hadas y de países encan-
tados, ignorando que con ellas le
imprimía una nueva personalidad
que se acentuaría más y más con el
correr de los años.

Y... ¡sonó la hora.
Un adiós, profundamente cariñoso
y triste, un beso, una caricia más...
y una lágrima de luego trizó el vaso
delicado de porcelana de Sevres, en

que dormitaba el sentimiento.
Ya distante, se divisaba aún el
pañuelo blanco que decía muchas
cosas... Era como la nota última
de una lira que se rompe.

Después del mar, la noche, lo ló-
breo, un algo que atenazaba el
corazón, después, nada...

Y lució un día lleno de sol y vi-
bración de vida. Allí, lejos, muy
lejos, tras las brumocidades de un
océano, duerme la patria del trico-
lor amado, del Cóndor Andino, la
patria mía.

Acá, cerca, muy cerca, a donde yo
vine, vela la tierra de mi leyenda,
de mis amores, con el mismo cón-
dor y el mismo tricolor.
¡Ecuador allá!

¡Chile aquí!

Ben-Hens.

Guayaquil, junio de 1921

POEMAS

El Diamante

Hoy, en una mano burda, ins-
tintiva, deforme, he visto el di-
amante más bello que pueda en-
cender el milagro. Parecía
vivo y doloroso como un espí-
ritu desolado. Vi fluir de su
luz una sombra tan triste, que
he llorado por él y por todos los
bellos diamantes extraviados en
manos deformes.

Delmira Agustini

La Locura

Una hoja cae del plátano; un
latido extraño agita el corazón
del ciprés:

Eres tú que me llamas.
Ojos invisibles horadan las
sombra, se clavan en mí como
clavos en un muro;

Eres tú que me miras.
Manos invisibles me tocan las
espaldas y, hacia las aguas ador-
meidas del pozo, me atraen:

Eres tú que me deseas.
Sube de las vértebras heladas,
con pálidos, silenciosos escalof-
ríos, la locura y toca mi cere-
bro:

Eres tú que en mí penetras.
Nunca más hollarán mis pies
a la tierra; nunca más pesará su
cuerpo en el aire; lejos lo condu-
ce el vértigo oscuro;

Eres tú que me trastornas,
eres tú!

Ada Negri

¿... ..?

Para Rosita

Ayer tibios rumores. Alboradas
Dorando mis ensueños juveniles;
El lepto coro de mis veinte abries.
Degrando sus rimas en cascadas.

Hoy...! Penumbra. Ilusiones mutiladas.
Sueños en nevrasténicos desfiles.
Amores enigmáticos y hostiles.
Simulacro de heróicas miradas.

Mañana...! El tedio, el desencanto, el frío.
Marchita el alma, el corazón cansado,
Flácida la maternidad en el hastío;

Y el recuerdo de todo lo adorado
Cual un cinematógrafo sombrío
Mostrando me el pantón de mi pasado.

Julio Galán.

El Precepto

Deja la plaza pública al fariseo, deja
la calle al necio, y tú enciérrate alma mía;
y que sólo la lira interprete tu queja
y conozca el secreto de tu melancolía.

En los brazos del tiempo la juventud se aleja;
pero su aroma nos embriaga todavía
y la empañada luna del recuerdo refleja
las arrugas del rostro que adoramos un día.

Y todo por vivir la vida tan de prisa
por el fugaz encanto de aquella loca risa,
alegre como un són de campanas pascuales;

por el beso enigmático de la boca florida,
por el árbol maligno cuyas pomas fatales
de emponzoñadas mieles envenenan la vida.

Medardo Angel Silva

NUESTROS ARTISTAS



NICOLÁS DELGADO E.

Trasnos la página con el auto-
retrato del delicado pintor quiteño.
Es uno de los artistas más jóvenes.
En arte está consagrado ya.
Su personalidad individual es en
extremo atrayente. Su indistinto
talento lo ha colocado entre los mo-
dernos intelectuales en los que figu-
ra por sus bellísimas producciones.
Está emparentado por su naci-
miento y entronco de familia, con lo
más distinguido de la sociedad capi-
talina. En 1911 fué enviado a Euro-
pa por nuestro gobierno, trabaja-
do con ahínco y haciendo honor a
nuestra nacionalidad, al obtener el
premio de Roma en un concurso de
la Escuela de Bellas Artes. En dicha
ciudad fué discípulo de Antonio Fa-
brés, considerado en aquel entonces
como el primer dibujante. Por una
distinción especial de Mr. Besnard,
Director de la Academia de Francia,
fué admitido en Villa Médicis, as-
sistiendo con rigurosa puntualidad a
ese establecimiento y a la Escuela
de Desnudo del Real Instituto de
Bellas Artes. Pasó enseguida a París
donde cultivó la amistad del céle-
bre decorador Baks, el creador de
los encantadores escenarios de la
Pawlova, la Karsavina, Nijinski y
otras celebridades del mundo artísti-
co, compartiendo el atelier de Baks,
en la plaza Malesherbes.

A su regreso al país, hizo tres
exposiciones—la primera en Guaya-
quil y las otras dos en Quito. La ex-
posición en nuestra ciudad constó de
300 obras, entre retratos, pasteles,
cuadros al óleo, acuarelas, aguas
fuerzas, sketches y dibujos. Fué
nombrado poco después, profesor del
curso de pintura y dibujo de la Es-
cuela de Bellas Artes de la Capital
de la República.

En esa época y en "Caricatura",
semanario humorístico, de arte y li-
teratura que dirige el doctor Rafael
Alvarado, publicó una infinidad de
dibujos, que se especializan por su
delicadeza de líneas y la exquisitez
maravillosa de las siluetas femi-
ninas gráciles y diminutas como lan-
gras.

Ha ilustrado con alegorías y mo-
tivos sentimentales varios libros de
conocidos poetas.

En ese tiempo trabajó infatigable-
mente, en dibujo literatura y musi-
ca.

Luego vino a Guayaquil para fir-
mar el contrato de la espléndida de-
coración del Salón de actos del Co-
legio Nacional "Vicente Rocafuerte"
que pintó en colaboración del
artista francés Paul Bar.

Su especialidad es el retrato. Hi-
zo el del sabio Monseñor González
Suárez, Arzobispo de Quito, notable
historiador ecuatoriano y figura
prominente en Sud América.

Otro entre los mejores, es el del
ex-Presidente de la República doc-
tor Alfredo Baquerizo Moreno. Uno
admirable al lápiz de don Eduardo
Zamacois, novelista español que nos
visitó hace poco tiempo e infinidad
de retratos de señoras y señoritas
de nuestro mundo aristocrático, que
han destilado por el estudio del jo-
ven pintor dejando en sus lien-
zos, la magia de sus sonrisas, poses
languidamente eróicas y el encanto im-
borrable de sus rostros, a los que a
más del parecido exacto, pone Del-
gado la sutileza infinita de su arte
personalísimo y una portentosa vida
plástica. Entre sus mejores recuer-
dos anota Delgado algunos. Inesti-
mable y material: "El Piaceri" re-
galado por D. Amunio en la misma
noche que trabajaron amistad. El
tríptico obtenido con sus dos cha-
dros "Patineuses" que constituyen
dos regalos de Colón con que
el Skating Club de Roma, abrió sus
puertas en el invierno de 1913 y el
de una noche que fué testigo de una
incursión de Zeppelines en 1916 en
París, en momentos que departía

con Ventura García Calderón y en
que una bomba cayó frente al Caba-
ret "Qual-Z-Arts", en que se en-
contraban.

Reputa como su mayor obra el
plafond del Colegio Rocafuerte de
nuestro puerto, cuya superficie mide
344 metros cuadrados y cuyos prin-
cipales motivos son: Apolo en su
carro tirado por tres caballos, cinco
figuras desnudas de mujer que re-
presentan, las artes, la ciencia, la
industria etc. y treintinueve eliqui-
tes que llevan guirnaldas, frutos
tropicales, plantas marinas y otros
atributos.

A más de poseer plenamente la
técnica de la pintura, Delgado es
un virtuoso del violín. Con los ar-
tistas nacionales—hermanos Terán,
dió muchos conciertos en el teatro
"Sucre" de Quito y en salones par-
ticulares, donde ha triunfado siem-
pre con las clásicas armonías que
arranca del instrumento preferido.
Recordamos que en el Conservatorio
Nacional de Música fué aclamado y
obtuvo el primer premio de violín,
siendo poco después, profesor de di-
cho establecimiento.

En sus páginas vividas, en sus
encomios, impresiones de viajes, poe-
mas, críticas literarias y artísticas
se revela el tropical intelecto del
artista, algo muy suyo y por lo tan-
to, inconfundible.

Toda su labor literaria se halla
diseminada en "Noi e il Mondo",
"Urbes et Orbis" de Roma, Hojas
Seleadas de Barcelona, "Cromos" y
el "Nuevo Tiempo de Bogotá", "EL
TELEGRAFO" y "Patria" de Guay-
quil; "Caricatura" de Quito y en
en casi todos los periódicos y re-
vistas literarias de nuestra Repú-
blica.

Actualmente se encuentra en Li-
ma, la histórica ciudad de los Virre-
yes, donde exhiba algunos de sus
cuadros y desde donde nos describe
su admiración por el aspecto colonial
de la ciudad, lamentando al mismo
tiempo que el progreso urbano des-
truya el romántico aspecto de la
parte antigua.

Quizá pronto vuelva a sus lares
y podamos estrechar la mano del
artista amigo, que nos dirá con la es-
piritualidad que le caracteriza, de
sus trabajos y mirajes de porvenir
que forman para él un ideal de ar-
te y renovación.

Zahidé HANUM.

Está lloviendo, amada.
Toca un piano
lejano
a Chopin.
y me invade el alma
la trágica calma
del esplen.

Siento una
tristeza moruna
y fatal,
mientras la garta
insinúa
su fría
sinfonía
en el cristal.

Póngome a pensar,
póngome a escribir,
por no sufrir,
por no llorar....

Tengo tu visión
en el corazón
grabada
y sellada
con luz,
como antaño
en el pino
quedóse grabada
la sagrada
cara de Jesús....

Sigue el piano
lejano
tocando a Chopin,
y me sigue invadiendo
y venciendo
el esplen.

¿Cuál la mano suave
que vuela en la clave
será?
¿es blanca o morena
la mano serena
que lanza la pena
que viene de allá?

Chopin, me parece
que se devance
en el atril.
Llorando su angustia
música
y sutil....

El Hermes

A la memoria de Medardo Angel Silva, en el segundo aniversario de su muerte

En esa entonces, dijo el maestro joven
a sus discípulos, los hombres eran más
generosos y sinceros, la fe no se había
perdido todavía y con ojos, may abiertos
miraban hacia el infinito, como tratando
de buscar la razón de la existencia en un
más allá lejano donde pudieran confun-
dirse las almas integrando el gran todo,
la divina esencia, el alma mater dispo-
sitora de las nobles ensueños y de las su-
tiles arca mias.

Pero el mundo era aún niño, el niño
con sus volas azules lo envolvía todo y el
fervor religioso crecía, momento por mo-
mento, por que los hombres, al contem-
plar el rápido e incesante evolucionar de
la naturaleza pródiga y exuberante, cre-
cieron que esta se movía a impulsos de
los dictados de un ser superior, infinito
en su bondad como en su maldad.

Cuán bellos eran aquellos tiempos, en
que los hombres vivían en estática con-
templación de un mundo interior!
Ajenos a las complicaciones cerebrales
que consumen nuestra existencia, y aten-
tos únicamente a la inefable armonía de
sus ensueños, dulces y delicados como una
sonatina de Maier.

Pero el caos era inmenso y los espí-
ritus rebeldes e inquietos no se contenta-
ron con la fe y trataron de buscar la ver-
dad eterna por muy diversos derroteros, y
fueron tantas y tan variadas las conclu-
siones a que llegaron y tan verosímiles,
que ninguno sabía con cuál quedarse, y la
fe se perdió, y entonces los hombres con
un gesto de locura pintado en el rostro,
se movieron como fantásticos y auto-
máticas sombras chinescas bajo la gran
noche de su conciencia.

Fue un apostol relenfor? Un Yero-
bente? nadie ha logrado precisarlo, surgió
de repente, de la sombra tal como la luz,
que emerge de las tinieblas y se separa
de ellas porque es buena; muy niño, pa-
sante por el bosque frondoso y a orillas
del mar y aspiraba en cada flor su aroma
esencial, la voz dulce y meliflua de
las sirenas, el canto armonioso de los pi-
jarras, contemplaba extasiado el despertar
del día, el morir de la tarde en incendios
de oro, y el despatallar de las flores
marichitas, que al caer tronchadas por el
viento, iban a germinar en la fecunda
tierra, haciendo surgir de su muerte el
principio de una nueva vida. Y allí ap-
rendió todo, el no fué a buscar verdad,
como hacen otros, en las ideas monifi-
cadas de los libros, y así como el caracol
que asomado a orillas del mar escucha
extasiado el rumor quejumbroso de sus
olas y las canciones de sus adelfos y si-
reñas, como el grito angustiosamente do-
loroso de las endas al romperse contra los
acantilados, para aprisionar toda su in-
solita canción eterna, en sus espaldas,
símbolo del principio y del fin; el, reco-
gió, en su espíritu atento, toda la armo-

Actualmente se encuentra en Li-
ma, la histórica ciudad de los Virre-
yes, donde exhiba algunos de sus
cuadros y desde donde nos describe
su admiración por el aspecto colonial
de la ciudad, lamentando al mismo
tiempo que el progreso urbano des-
truya el romántico aspecto de la
parte antigua.

Quizá pronto vuelva a sus lares
y podamos estrechar la mano del
artista amigo, que nos dirá con la es-
piritualidad que le caracteriza, de
sus trabajos y mirajes de porvenir
que forman para él un ideal de ar-
te y renovación.

Zahidé HANUM.

Sinfonía Gris

(Del libro "Sinfonía interior", últimamente publicado)

Está lloviendo, amada.
Toca un piano
lejano
a Chopin.
y me invade el alma
la trágica calma
del esplen.

Siento una
tristeza moruna
y fatal,
mientras la garta
insinúa
su fría
sinfonía
en el cristal.

Póngome a pensar,
póngome a escribir,
por no sufrir,
por no llorar....

Tengo tu visión
en el corazón
grabada
y sellada
con luz,
como antaño
en el pino
quedóse grabada
la sagrada
cara de Jesús....

Sigue el piano
lejano
tocando a Chopin,
y me sigue invadiendo
y venciendo
el esplen.

¿Cuál la mano suave
que vuela en la clave
será?
¿es blanca o morena
la mano serena
que lanza la pena
que viene de allá?

Chopin, me parece
que se devance
en el atril.
Llorando su angustia
música
y sutil....

Y la dama blanca
que del clave arranca
su dolor.
¿no sera, coitada,
la novia olvidada
por el amador?

¿Quién será la que toca
el piano
lejano
y evoca
un pesar humano?
¿niña o vieja
será
la que llora la queja
de allá?

¿Es la madre
con hijos sin padre
que quiere olvidar
en la musa
compleja y confusa
su antiguo pesar?

¿Es el alma romántica y
(buena
de otra Magdalena
que busca perdón,
del piano en el enorme
o informe
corazón?

¿Es Carlota, Frú-Frú Co-
(combina,
la que dice la estrofa divina
a la espera del viejo marqués
cuyo
la madre abadesa
que reza
cantando, ¿talvez?...)

¿Es Mimí, que en la alcoba
(discreta
llora a su poeta
que no volverá?...
¿Quién será
la que el piano
lejano
tocando estará?
¿Quién será?...)

Cires IRIGOYEN.

Epístola

Al noble recuerdo lírico de Medardo Angel Silva

Poeta: si en la clara melofía
de las fraternas músicas en coro,
las urnas cinerarias de mi lloro
abrieran su clausura de armonía;

deja que su interior, claro de día,
como el intacto caracol sonoro,
guarde el despojo fabuloso de oro
y suene con tu voz: Melancolía.

Pues si en la aurora de las nuevas Argos,
en él, la perla de un sollozo largo
suscita sabias pautas sonoras;

en el recuerdo de armoniosas vidas,
seremos los fraternos Tindaridas
entrelazados por las mismas rosas.

Guayaquil, 10 de junio de 1921.

J. J. Pino de Icaza

nía del mundo, para devolverla en sal-
mos de amor y de bondad, la más simple
la más pura y eterna verdad. Y se lo vio,
entonces, cuando era apenas un adoles-
cente, encerrarse en una torre alta, muy
alta, construida sobre la cima de una
montaña, ajeno al vocerío de las gentes
que se debatían abajo en la más absoluta
irreflexión. Se lo vio, sí, como él decía,
dejar la plaza pública al fariseo, para
avizorar el espacio infinitamente azul,
interrogar a la lejána nube y escuchar el
canto de los mil salmos de piedra divi-
didos al Señor. Tal fué su vida; pero to-
das las mañanas, bajaba a las felices del
monte y congregaba a las multitudes, pa-
ra decirles la verdad aprendida en el
gran todo, para regalarles el incienso de
sus ensueños y repartirles con generosidad
pródiga su pan espiritual; pero los hom-
bres, corrompidos ya lo bastante porque
se había desdoblado en ellos el caballo ne-
gro de que nos hablara Platón en bellísi-
ma alegoría, lo escuchaban absortos y ad-
mirados de que todavía hubiera un hom-
bre que se permitiera soñar, y lo arroja-
ban dardos envenenados, guijarros innume-
rables, tratando de manchar su túnica alba,
y frases hirientes, que él recogía para
hacerlas pasar por el filtro depurador de
su corazón, y luego devolverlas al día si-
guiente convertidas en ósculo de amor,
en oración de piedad, por que su espíritu
era luminoso, exquisito burilador del sen-
timiento y por eso dispensador de supre-
nas gracias.

Allí en su torre, aprendió a amar, a
arrancarse sus secretos al misterio, al infini-
to, huyó el cáliz de la vida apuradamente,
porque su ansia de saber fué inmensa y su
deseo de asomarse al más allá inquietador
fué infinito; su vida me recuerda la
alegría aquella de la semilla, escuchada:
En un campo yerto, abrupto y estéril,
abrazado por el sol canicular, donde ni
los pájaros alegraban con sus trinos deli-
cados, donde ni el agua refrescaba con
su más leve corriente cristalina, cayó lle-
vada por el viento una diminuta semilla,
cuyo anhelo mayor era germinar, llegar a
ser árbol y trocarse en fruto sazónado y
maduro, para con la bondad de una her-
mana brindarse al viajero, peregrino in-
cesante de una jornada sin fin.

Y su primer esfuerzo fué prepararse
para recibir el impulso simultáneo y ar-
mónico de la naturaleza, recibir la bendi-
ción celeste transformada en lluvia; pero
su esperar fué inútil, porque madre
naturaleza era moquísima en ese lugar;
comprendiendo su orfandad, creyó morir
de angustia y de dolor; pero consciente de
sí misma, compenetrada de la salvadora
idea de que ella llevaba en sí el valor
primitivo y escudo de las cosas eternas,
interrogó a la nube lejana que pasaba en
lontananza, y tal fué su decir—oh, nubes
con celesta y armónico, auspiciadora de
las sublimes germinaciones, que repartos
con generosidad pródiga el tesoro de tus
lluvias! Oh! ignota y lejana amiga, yo
llevo dentro una promesa pálida e impre-
cisa, simbolizo en porvenir soñante, me
encuentro preparada para cumplir el san-
to designio a que me has predestinado;
pero el campo es estéril, porque tú lo has
olvidado; yo quiero fecundarlo, yo quiero
ser su sombra y para ello, sólo me falta
una gota de tu lluvia, otorgámelas como
un don inefable; conviértete mi diminuto
avalorio en un presente digno de ti, áureo
como todos mis ensueños, pero la nube
no le escuchó siquiera y se alejó camino
de la montaña, regando como una bendi-
ción, su lluvia sobre los fértiles campos.
Y su nostalgia fué inmensa y su dolor
fué tan profundo, que de su ser pequeño
y prometedor, brotó una lágrima duri-
mantina, que en un calor divino y puri-
ficador la abrazó toda cuando pequeña era;
luego se sintió morir en un letargo, y fué
tal su inquietud y desesperación, que en
la lucha contra su fin postrero, surgió
como una flor su corazón convertido en
espiiga.

Y, cuando el alba rosa anunció el buen
Sol, la semilla entono su canción maternal
entre la armónica vibración de luz: «Yo
canto para ti, oh, padre mágico, que la
inmensidad celeste cruza repartiendo el
tesoro de tus divinos rayos; yo canto para
ti, mi aria santa de amor y de esperanza,
y mi voz fué tan dulce, y su anhelo

por llegar hasta él—como las demás se-
millas trocadas en árbol—fué tan grande,
que para ser mejor oída, su corazón, con-
vertido en espiiga creció un poco más, y
todas las mañanas entonaba su canción
canción de esperanza y de amor, hasta
que un día fué árbol y dió oímicos y sa-
zonados frutos. Y entonces la nube leja-
na que pasaba en lontananza, se acordó
del campo yerto abrupto y estéril,
arrojó en lluvia como una bendición,
tomando su canción más dulce.

Y así fué el, sí, porque en medio del
ambiente triste y doloroso de sus contem-
poráneos, que vivían en la más completa
abstracción, y cuyo ideal mayor era hacer
dinero, y comer y más comer, como ha-
ciendo testimonio de la puantez senten-
cia de Haysmans: «Los hombres del ma-
ñana harán lo que sus padres; se lle-
varán las tripas y evacuarán el alma por el
bujaviento», supo romper los moldes y los
preceptos, supo abrirse paso en un esfu-
zo magno, para convertirse en un apostol
redentor, en un Yerofante.

Pero cuando todos esperaban que mu-
riera como un divino orfebre, tal como
dijo el poeta: «encendado en oro una cas-
todia», un día queriendo encontrar la
verdad eterna, queriendo saber lo que
nos espera después de esta vida donde él
ya todo conocía en una noche como esta,
en que la luna ponía en el alma de los
hombres con sus rayos plateados un se-
dante de armonía, un remanso de amor
y de piedad, se dió la muerte.

Se leyenda fué múltiple, pero... si-
guo creyendo todavía que se mató por
amor.

Así habló el maestro, por primera vez
ante sus discípulos que lo escuchaban
absortos, porque su verbo era florido y
elegantísimo, y sugestivo; ante sus
discípulos, espíritus atentos a las más
variadas normas de belleza.

En Guayaquil, a los CLXI días del
año MCMXXI.